

Malaika sueña con mujeres azotadas, aunque estaba acostumbrado a ver lo contrario en las sesiones de BDSM a las que consagraba sus domingos en un hotel de lujo. Los que allí iban eran realmente peces gordos que habían triunfado en las finanzas, la política o el espectáculo, gracias, cómo no, a proceder de familias ricas e influyentes, a las que obligatoriamente tenían que retribuir. Nada era gratis en este mundo, y ni siquiera los propios padres ofrecían a sus vástagos algo sin esperar recibir un buen tributo. Aquello funcionaba como un club de golf de los clásicos, donde la gente con pedigrí se olisqueaba la entrepierna. Se reunían, tomaban unas copas, subían a las habitaciones, y allí se desfogaban. Aunque no eran ellos los que azotaban, sino que para compensar sus perversiones laborales, deseaban ardientemente sufrir la penitencia. Muchos, los que se dedicaban a la televisión, ganaban cifras astronómicas gracias a su perversidad para que la gente pudiera resarcirse gratis de sus pesares viendo como maltrataban, por ejemplo, a la pobre Belén Esteban. Aquello era sadomasoquismo televisivo puro y duro para el populacho. La gentuza, despiadadas marujas con bata y rulos, disfrutaban sentadas en su sofá barato, cuyos muelles se les clavaban en el trasero, viendo como los perfidos mariquitas la despellejaban viva. Nunca mejor dicho, porque la conducían derechita a la clínica de cirugía, creyendo que una podía mejorar físicamente, cuando la única mejoría que podría experimentar el ser humano habría de ser metafísica. Para eso servía antes la religión, también plagada en sus orígenes ancestrales de sacrificios físicos, hasta que a los romanos se les ocurrió utilizar al pobre Jesús, el feminista, con el pelo largo y pacifista, como cordero sacrificial. Luego Mahoma le copió la idea declarándose él mismo un gran profeta. Los romanos fueron los primeros en acudir religiosamente al circo para ver como los bravos luchadores eran devorados por los leones. Y ahora, los propios telediarios no eran más que un espectáculo para saciar la sed de sangre de las masas. Seguro que Franco se corría de gusto, al estilo del César, cada vez que ordenaba una ejecución, y por eso no cesó hasta un mes antes de espicharla. Así gozaban los que no amaban, que en el fondo eran gays, como Hitler. Y no se les debería llamar hijos de puta, sino de madre abnegada, mujer obligada a prostituirse de por vida con un tipo repugnante y putero al que odiaban. De esas en España había desgraciadamente a montones, y se relamían viendo los pogramas del corazón despiadado, como el suyo. Al menos ahora, con eso de que la homosexualidad estaba socialmente aceptada, la gente no tenía que casarse con personas del sexo opuesto a las que ni siquiera deseaba en términos generales. Esa medida socio-política, la de permitir el matrimonio entre personas del mismo sexo, había hecho un enorme favor a la humanidad. Las guerras mundiales, sin duda, habían tenido como semilla del diablo esa violencia sexual al que casi todo el mundo estaba condenado en sus alcobas. Sadismo y masoquismo eran tonterías al lado de lo que una pareja de bien era capaz de soportar para producir hijos. Además en España, durante la dictadura, las más frías, o sea lesbianas, eran las que más fácilmente llegaban vírgenes al matrimonio; mientras las heterosexuales, por haber sido desfloradas, muchas terminaban dedicándose a la prostitución. De ahí la razón de encontrarse soñando con mujeres azotadas.